

Sánchez García, Encarnación (2021). *Nombres y hombres. Onomástica de los personajes y significación del «Diálogo de la lengua»*, Madrid/Frankfurt am Main, 310 pp, Iberoamericana Vervuert. ISBN: 9788491922537.

El volumen de Encarnación Sánchez García que acaba de publicar Iberoamericana Vervuert es un libro que cuenta hoy y que seguirá contando porque abre caminos nuevos en relación con la obra de Valdés, el *Diálogo de la lengua*, porque revisa y descubre informaciones precisas, pero además porque es un estudio que impregna otras cuestiones como la relación entre lo colonial y la lengua del imperio dándole matices renovadores que serán de extremada utilidad incluso para aquellos que exploran la realidad colonial americana o los que, por ejemplo, estudian el modo en que se comporta la élite sefardita de Ámsterdam en relación con la lengua heredada, perdida y lejana.

Cuando María Rosa Lida viajó por última vez a Buenos Aires le dejó a Celina Cortazar algunos consejos referidos a la investigación y a las publicaciones que a partir de ella se originan. Le dijo: «Datos, Celina, datos; porque eso es lo que queda». En este sentido Encarnación Sánchez parece haber seguido el consejo de la hispanista latinoamericana ya que *Nombres y hombres...* será en adelante un estudio obligado para quienes decidan acercarse otra vez al *Diálogo de la lengua*, a las circunstancias de su creación y al marco histórico que en él se refleja fundamentalmente a través de unos personajes que son representaciones de personas reales y de peso en el territorio napolitano. Eugenia Fonsalbas ha dejado ya una reseña detallada de estos aspectos tal como aparecen en el estudio de Sánchez García (*eHumanista* 53, 2022: 371-375). Por esta razón me detendré en ángulos distintos del libro que comento.

*Nombres y hombres...* (310 páginas) está estructurado en un prólogo y cinco capítulos a los que sigue un epílogo. Concluye con una bibliografía amplia: numerosos manuscritos e impresos. El prólogo y el epílogo dialogan entre sí dándole a la totalidad de la obra una coherencia evidente. El capítulo I titulado «Para una teoría de los nombres en el *Diálogo de la lengua*» constituye una puesta en marcha de la lectura nueva que nos propone Encarnación Sánchez otorgándole al espacio, al escenario de la villa de Leucopetra donde transcurre el coloquio un sentido fundamental: «...la ubicación del convivio en Leucopetra refuerza los lazos del *Diálogo de la lengua* con el humanismo napolitano contemporáneo». A partir del capítulo II vamos a encontrarnos con una ordenación del material explorado en torno a los cuatro protagonistas del coloquio: II, «“Martio” (Bernardino Martirano)»; III, «“Valdés” (Juan de Valdés)»; IV, «“Coriolano” (Coriolano Martirano)»; V, «“Pacheco” (Don Diego II López Pacheco Enríquez, III Marqués de Villena)». Esta ordenación, a la manera de una lista, no descuida una mirada constante a los cuatro personajes en sus relaciones entre sí, e incluso presta atención al quinto personaje: el silencioso Aurelio.

A lo largo de estos capítulos Encarnación Sánchez García dialoga a su vez con la crítica anterior bordando en su estudio opiniones variadas que matiza o enriquece. Entre ellas, presta particular atención a las sugerencias de Lore Terracini y Ana Vian, situándose a sí misma en otro simposio, entre itálico e hispánico, que se superpone con el diálogo de Valdés. Hay una evidente situación especular entre la obra que comento y la obra que Encarnación Sánchez estudia, como si ambas se dejaran impregnar entre sí.

Más allá del sentido político, de expansión imperialista, que evoca la obra del conquisador (redactada entre 1535 y 1536) buscando la alianza y aprobación de sectores napolitanos de peso, me ha interesado el modo en que Sánchez García se detiene en aspectos teatrales de la obra creando esta «nueva lectura». Podemos imaginar a partir de allí una recepción del texto en su momento que no desdeña recursos persuasivos particularmente acertados. Todo diálogo, toda academia ficcional invita al lector, al oidor a una reunión social en la que se siente partícipe. En este sentido el silencioso Aurelio sería el representante de todos los receptores del *Diálogo de la lengua*.

Los destinatarios entran así de lleno en el convivio, como lo hace el propio Valdés a través de su autorretrato rompiendo las fronteras entre realidad y producto literario construido. En este sentido, como lo subraya Encarnación Sánchez, Valdés, que sigue la tradición del diálogo clásico y no desdeña los aportes de Erasmo, inaugura una modalidad nueva, la de incluirse en el propio simposio. Lo cual invita a todo lector a seguir tal mecanismo.

Una vez inmerso el destinatario, Valdés no escatima procesos de seducción como el del escenario de una casa con jardín que conserva las huellas del paso de Carlos V por Italia: escenario político y mundano, teatral y propagandístico. A través de los cuatro interlocutores, Valdés construye una partitura, un pentagrama variado y a la vez de calculado equilibrio: dos italianos y dos castellanos, uno de ellos inclinado a seguir los razonamientos del andaluz Nebrija, otro menos convencido. En estos contrapuntos se crea la variedad necesaria para otorgarle al diálogo todo su movimiento. Y todo ello apunta en el fondo a crear una castellanización de la realidad italiana, o más bien napolitana, en la cual el buen gusto, lo cortesano resulta ser algo fundamentalmente hispánico.

Dicha tendencia disfrazada, subliminar, es lo que va descubriendo y comentando Encarnación Sánchez a lo largo de la obra, a través de un análisis de los personajes y sus personas, creando un *leit-motiv* que va hilvanando el estudio de los cuatro retratos confrontando el papel dramático en la obra y el pasado real de cada uno de ellos, sus amistades y hostilidades.

Es así como la función de legitimación de la lengua castellana (en Italia y más allá de esta geografía), que es el sentido fundamental del *Diálogo de la lengua*, cobra también sentidos más amplios que podrían llegar muy lejos hacia un abandono del modelo renacentista italiano generando un modelo hispánico nuevo, que pasa en principio por una jerarquización de la lengua de Castilla y de su literatura, representada por el toledano Garcilaso. Y todo ello considerado también por los interlocutores italianos.

Obra de apertura es la de Encarnación Sánchez García, quien pudo llevar adelante una minuciosa encuesta entre las dos penínsulas, que son los territorios de su vida, acercándose así a la mixtura esencial del diálogo de Valdés.

Fernando Copello  
Le Mans Université